

apatía y que durante largos lustros había velado inútilmente sus muertos, corrió a agruparse en torno a este nuevo conductor de multitudes que avanzaba como las máquinas: desalojando obstáculos para adueñarse del espacio.

### *Dios y Trujillo*

El más ligero análisis de la historia nacional revela, por consiguiente, que sólo a partir de 1930, esto es, después de cuatrocientos treinta y ocho años del descubrimiento, es cuando el pueblo dominicano deja de ser asistido exclusivamente por Dios para serlo igualmente por una mano que parece to-

cada desde el principio por una especie de predestinación divina: la mano providencial de Trujillo. Desde esa época hasta nuestros días, es decir, en un ciclo de 24 años en que el estupor de la fábula aparece superado por los deslumbramientos de la realidad objetiva, el hombre lucha con la adversidad y realiza milagros tan portentosos como los que durante los cuatro siglos anteriores se cumplieron por el solo efecto de la intervención en la vida del país de poderes sobrenaturales.

Dios y Trujillo: he ahí, pues, en síntesis, la explicación, primero: de la supervivencia del país, y luego, de la actual prosperidad de la vida dominicana.

---

## Discurso de contestación

*(Leído por el señor don R. Emilio Jiménez, Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia, en la sesión solemne celebrada en la mañana del 14 de noviembre de 1954).*

Señores académicos, señores:

Cuando el ilustre presidente de esta Academia, Dr. don Manuel de Js. Troncoso de la Concha, se dignó designarme para pronunciar el discurso de recepción del nuevo académico numerario, Dr. Joaquín Balaguer, Secretario de Estado de Relaciones Exteriores y Culto, elegido para ocupar el sillón vacante por la muy sentida muerte del Lic. Julio Ortega Frier, de bien ganado derecho a la recordación por la prestancia de su nombre en diversas ramas del saber humano y en la vida pública, acepté el honrador encargo orgulloso de ejercer con mi discurso de recepción una especie de padrino de la investidura académica de quien, como el Doctor Balaguer, viene a esta casa de estudios históricos poseo de doble riqueza moral e intelectual, la del docto respaldado en sus méritos y la del hombre acrisolado en sus virtudes.

Con noble rasgo propio de varón acostumbrado a honrar la pluma sirviendo a la justicia, ha tenido palabras de resguardo y devoción para su predecesor inmediato en la silla que ahora ocupa, las cuales, derramadas sobre su memoria esclarecida, cumplen sobre ella misión de tributo, tan del modo de ser del

compañero acabado de recibir en esta casa por su elevado empeño de no desvincular lo pasado de lo presente y de lo porvenir, como es innoble práctica que anda de la mano con los que a fuer de modernistas viven una estrategia brutal contra la tradición.

### CALIDAD INELECTUAL DEL NUEVO ACADEMICO

Y a propósito de esta relevante condición del Dr. Balaguer, que hace de su pluma verdadera égida de los valores culturales de otro tiempo mientras desconcierta ver el desenfado con que se los quiere empuqueñecer y aun negar, tengo por uno de sus más grandes méritos su generosidad de culto retrospectivo a las figuras del ayer dominicano, en una noble ansia de conservar cuanto fué tesoro de espiritualidad, de sentimiento patrio y de devoción doméstica, que dió temas a poetas, novelistas e historiógrafos muchas de cuyas obras merecen ser mejor comprendidas, como viene haciéndolo Balaguer en nobles libros justicieros, como son "Los próceres escritores" y "Semblanzas literarias", que honran la bibliografía nacional.



La importancia de esta retrospectiva estimativa de figuras intelectuales que desempeñaron relevante papel humanístico, es labor de concienzudo historiador y de maestro. Por lo referente a las letras, tales figuras tienen asidero histórico. La literatura es parte de la historia de un pueblo. El primer monumento erigido a una grandeza de vida prolongada en la muerte, es literario. Este es más duradero que el estatuario, no sólo por ser el primero, sino también el de siempre.

La obra suya acerca de Juan Pablo Duarte visto como "El Cristo de la Libertad" y bautizada con ese mismo nombre, es un modo originalísimo de enjuiciarlo sin rigurosa subordinación al documento. Lo toma de su vida misma de prócer en sus reconditeces, dándonos un Duarte más íntimo y sufrido, con su Getsemaní de Río Negro y la hiel y el vinagre de su hondo calvario. Un Duarte con la mística del desinterés en su camino de liberación y con su fe puesta únicamente en los dominicanos para hacer una patria dominicana, sin apoyo extranjero, ya que éste suele ser prestado a los pueblos necesitados de él con mengua de su misma integridad; patria sin arrimo a ninguna bandera que no sea la suya.

Esta pintura del hombre hecha con verbo fiel al sufrimiento heroico y para la cual utilizó el material suplido por su hermana Rosa Duarte, verdadera evangelista de tan grande redentor y maestro, la ofrece Balaguer como reflejo del dolor sobrellevado estoicamente sin balance de lágrimas. El Cristo de la Libertad salido de la pluma de Balaguer es, a mi ver, el mejor retrato literario que de Duarte se haya hecho hasta ahora, de la misma manera que la interpretación sublime, por Velázquez, del Cristo propiamente dicho, es en pintura lo más conmovedor de la iconografía cristiana, por hallarse inspirada en la dignidad del sufrimiento. Tal categoría de dignidad viene a ser la exaltación misma de la resignación y la paciencia en el tránsito del apostolado a la obra. Es biografía e historia al mismo tiempo ese estudio acerca de Duarte. Vida y obra se entrelazan en él.

Creó Duarte que todo era viable sin necesidad de salir a buscar fuera de nosotros lo que nosotros mismos éramos capaces de dar. Su fe en suponer nos suficientes sin adiciones extrañas, y su singular energía para oponerse a los que no creían posible la patria sin afuerismos tutelares, es algo que importa mucho hacerlo resaltar en nuestra historia, ya que sólo ha habido patria dominicana cuando se hizo como Duarte la quería y una vez eclipsada restauróse de la misma manera, y cuando relegada a nuevo eclipse, no sólo recobró su libertad e independencia con el

solo aporte dominicano, sino que obtuvo más arraigo y mayor lustre con el patriotismo y la intransigencia geniales de Trujillo que, al devolverle la independencia financiera de que carecía, atada como se hallaba por lazos económicos a la bolsa extranjera, dió alto ejemplo de su fe en sí mismo y en la capacidad nativa, gracias a lo cual vivimos hoy verdadera patria dominicana. La fe de Duarte y la fe de Trujillo en su patria son los dos grandes sillares históricos de nuestra República.

El nuevo académico de número es una de las figuras más conspicuas de la presente hora nacional. Concurren en su personalidad el crítico, el ensayista, el maestro, el escritor, el orador, el letrado, el poeta, el diplomático, el periodista y el historiador. Pocas veces se da el caso de tantas cualidades superiores reunidas en un personaje. Adrede coloqué en último lugar al historiador, por ser tal aspecto de la vida intelectual de Balaguer el que más se ha tenido en cuenta, naturalmente, para su ingreso en este círculo académico. No ha hecho él, en rigor, labor sistemática en esta rama de los conocimientos humanos, pero en diversos trabajos suyos acerca de grandes valores y acontecimientos de la vida dominicana ha emitido juicios concienzudos que le acreditan como tal, y a esto se suma su condición de periodista, historiador de cada día.

Tan original modalidad de su figura unida a las de crítico y maestro, le moldean en sus líneas más salientes. De esa triple unidad arranca el hombre de acción al que el escritor, el orador y el poeta refuerzan con su riqueza de medios expresivos. Por eso escribe, habla o canta cuando historioriza, juzga o enseña. Escritores hay que hacen bellas frases en razón de que poseen vocación literaria, pero en quienes el fondo de lo escrito es bajo en el cual, a falta de profundidad para el sondeo, el agua es un simple juego de espumas. Oradores hay, también, cuya bella palabra es sólido ropaje vaporoso pero sin el cuerpo que lo ha de llevar y que vale bien poco sin el cuerpo. Y poetas existen, finalmente, con sonoridades de campana fina en una ausencia completa de culto.

Mas, cuando los tres valores del verbo —escrito, hablado o cantado— sirven al bien universal en cualquiera de sus manifestaciones, es entonces cuando constituyen méritos verdaderos por la trascendencia misma del fin superior a que se aplican, como acontece en Balaguer.

Tiene en su abono como autor una producción variada, hija de una labor con tendencia a mayor diferenciación de materias y motivos, donde arranca el



polígrafo: "Tebaida Lírica", "Azul en los Charcos", "Letras Dominicanas", Literatura Dominicana", "La Política Demográfica de Trujillo", "La Realidad Dominicana", "La Política Internacional de Trujillo", "En torno a un pretendido vicio prosódico de los poetas hispanoamericanos", "El Tratado Trujillo-Hull y la Liberación Financiera de la República", "Los Próceres Escritores", "Semblanzas Literarias", "Apuntes para una Historia Prosódica de la Métrica Castellana", "El Cristo de la Libertad" y algún otro libro o folleto escapado del freno de mi memoria, todos interesantes de contenido y de exteriorización, en los que fondo y forma tienen quilates de pureza suficientes para perdurar.

Ha brillado, nuestro nuevo compañero en este hogar de las ideas históricas, en la Diplomacia, en la que ha recorrido todos los grados, con éxito de carrera; en el Foro, en el Gabinete, en el Parlamento, en el Profesorado secundario y en la Cátedra Universitaria. Fué, sucesivamente, Abogado del Estado; Secretario de la Legación Dominicana en Madrid; Subsecretario de Estado de la Presidencia; Diputado al Congreso Nacional; Subsecretario de Estado de Relaciones Exteriores; Catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Santo Domingo; Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República en Colombia y Venezuela; Embajador Consejero de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores; Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República en Honduras; Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República en los Estados Unidos Mexicanos; Secretario de Estado de Educación y Bellas Artes, y Secretario de Estado de Relaciones Exteriores y Culto. Es Presidente del Instituto Trujilliano y miembro de la Academia Dominicana de la Lengua, del Ateneo Dominicano y de diversas entidades culturales extranjeras.

Tranquilidad valerosa y despreocupación absoluta acompañan su independencia de juicio en la crítica de personajes y acontecimientos de nuestra historia, y no repara en pérdida de afectos por subordinación a la verdad, viendo en esta subordinación el mejor atributo de la conciencia.

## EL DISCURSO DEL RECIPIENDARIO

Paso ahora, en cumplimiento de lo establecido como norma académica en la investidura de miembros numerarios, al examen del discurso que acabamos de escuchar en el cual el recipiendario presenta como característica de la historia dominicana la presencia de dos agentes determinantes de esa historia,

a saber: el humano, constituido por hombres y naciones operantes en los destinos de nuestro medio, por lo regular adversamente, y el divino, representado por un influjo sobrenatural en las decisiones supremas del País, a modo de desiderátum en las horas críticas más graves de su existencia.

En apoyo de este último aserto apela a los acontecimientos en los cuales se advierten circunstancias providenciales. La frecuencia con que este fenómeno metafísico aparece en el discurrir de la vida dominicana, lejos de intrigar al Dr. Balaguer, como a otros historiadores, le inducen a aceptar resueltamente el azar en la historia dominicana. Y en rigor hay azar en los hechos por él apuntados, desde la elección de esta Isla para centro de la colonización y la civilización cristiana del Nuevo Mundo, en vez de Cuba, más explorable que la nuestra por el predominio de lo llano sobre lo escarpado, en lo que hubo de influir, como tan certeramente apunta, el deterioro de la Santa María, que de nao pasó a ser fortaleza, hasta el deshacimiento de la dominación haitiana en unas condiciones de lucha tan desventajosas para los dominicanos en número, calidad de armas, técnica y otros recursos de organización militar, puntos éstos entre los cuales medió larga sucesión de hechos en abono de lo mismo.

Balaguer aporta en apoyo de su tesis sobre determinado fatalismo en la historia dominicana, ejemplos suficientes; pero entre los que dejó de citar por decoro de no prolijidad, escojo yo tan sólo uno en favor de dicha tesis y es el fracaso inexplicable de la gran fuerza expedicionaria inglesa, en que tanto se ingenió Oliverio Cromwell contra España en sus dominios de ultramar. La magnitud de aquella empresa destinada a arrebatarle al poder español el centro de su expansionismo colonial, que haría de Santo Domingo otra perla de la corona imperial británica, lo uniría para siempre a la famosa Albión. ¡Y oh misterio de las cosas!, sin gran lucha de las fuerzas invasoras, la gigantesca flota levó anclas en aquella primavera de 1655, tras de algunos encuentros de relativa importancia entre las tropas de Venables con las del Conde de Peñalva, en los que éstas llevaron la victoria. Sin reveses en qué apoyar la extraña fuga, zarpó la flota íntegra y flamante como había venido a nuestras aguas, con sus grandes jefes William Penn y Robert Venables. Tejió entonces la fantasía popular la leyenda intitulada "La victoria de los cangrejos", a tono con las circunstancias de la derrota, leyenda según la cual el ruido ocasionado en la alta noche por multitud de estos crustáceos, que en cantidades fabulosas poblaban las tierras de Najayo, vecinas a la costa, fué tomado por el de grandes fuerzas terrestres,



cuyas botas denunciaban el avance. Desde entonces nuestro pueblo atribuyó la inmensa huída, en la que tanto han especulado los historiadores, al fantástico episodio de los cangrejos, por donde se filtrara la intuición del secreto propio de una serie de acontecimientos extraños a la vana ciencia de los hombres

Y la gran escuadra, enfilada hacia Jamaica, la hizo suya en compensación del designio frustratorio, sin que esta última haya podido deshacerse del vínculo británico, y sin que les haya sido perdonada a los jefes expedicionarios esa derrota sancionada en vida de los mismos y en sanción eterna por el juicio histórico de su patria, ya que era Santo Domingo y no otra Antilla, el designio del plan oliveriano.

Hasta ahora no se había presentado como temática toda una serie de sucesos que en la historia dominicana tiene aspecto de intervención divina. Se había venido diciendo a menudo: "Esto parece providencial", "Aquí puso Dios su mano", expresiones pronunciadas frente a sucesos inexplicables a la luz de la razón. Hasta en la letra de nuestro himno patrio parece presentirse la asistencia divina a nuestra patria:

*"que si fuere mil veces esclava  
otras tantas ser libre sabrá."*

Concuera el sentido misterioso de determinados acontecimientos de valer historiográfico dominicano con el criterio del ilustre escritor argentino Héctor Delfor Mandrioni, que he tomado de su prólogo a la obra "La escala de Jacob", de Giovanni Papini, traducción de Felipe Ansuini, criterio según el cual "Hay dos sabidurías: un saber carnal y un saber espiritual; el uno juzga por las apariencias y evidencias del sentido y el otro por las realidades las más de las veces misteriosas significadas por los símbolos perceptibles por la luz derivada de la Fe".

Y es precisamente un criterio emanado de conocimientos no adquiridos por vía de razón éste acerca de la providencialidad de muchos fenómenos de la vida histórica dominicana. Balaguer no se hubiera atrevido, a no ser poeta, a consignarlo en su discurso. Un hombre de fe reforzado por un poeta tenía que ser el que, sin el testimonio de la ciencia, admitiera como verdad histórica lo sólo demostrable con el testimonio de la conciencia.

La razón, exigente e intolerante con lo que es asequible por modos evidentes, acobarda a los que fuera de la órbita racional captan verdades observadas en larga serie de hechos revelados a su mundo

íntimo. Y esta circunstancia crea los tímidos de confesión y de admisión a todo aquello no visto sino entrevisto, presentado o adivinado. Es un miedo no instintivo sino aprensivo, nacido de la preocupación propia de casi todos los mortales de no querer pasar por indoctos ante el racionalismo tiránico que cree haber monopolizado el conocimiento de la verdad. Balaguer, sincero como hombre de estudio y fiel consigo mismo y con los demás, plantea el problema de un fenómeno que en el campo historiográfico nuestro se presenta a la reposada consideración del espíritu.

Concuero con Balaguer en su afirmación de lo que llama "los puntos culminantes de la historia nacional", cuales son, desde la nebulosa de nación de la colonia hasta 1930, el que ofrece el hombre de por sí y las naciones que han interferido en la vida de nuestro país, por lo común infausto, y el que procede de influjo divino, que al decir suyo manifiéstase por una especie de égida providencial en los acontecimientos determinantes de nuestra historia. Concuero, asimismo, con Balaguer, en el siguiente punto capital de su discurso. Señala él, como hecho sobresaliente en la vida dominicana, el advenimiento de la Era de Trujillo en 1930, gran momento en que cesó definitivamente para ella el aciago período dentro del cual estuvo desde su nacimiento como colonia hasta esa histórica fecha, sometida a constante dramatismo con intervenciones providenciales en los casos en que, sin ellas, pudo haberse perdido definitivamente.

Con mirada analítica y sagaz recorre Balaguer los cuatrocientos treinta años de vicisitudes incontables de que fué presa nuestra tierra, analizando acontecimientos y hombres a partir de la jornada independentista de 1844, en que se sucedieron estos hombres en medio de la vieja política sin ideales y en ausencia de acciones constructivas que hicieran cambiar la triste suerte del País. En dolorosas guerras con fuerzas invasoras extrañas muy superiores a las nuestras, unas veces, y en guerras civiles otras, además de las frecuentes desgracias ocasionadas por las fuerzas ciegas de la naturaleza, vivió esta tierra tan largo período de vida en lamentable estado de pobreza por carencia de esfuerzos disciplinarios dirigidos a conjurar tan graves circunstancias. Pero desde el mencionado año de gracia de 1930, se conjuraron contra la adversidad reinante hasta entonces, otros factores de lucha bajo la sabia voluntad de un hombre que se impuso a fuerza de arrestos valerosos empeñados en una acción reconstructiva sin precedente, punto de partida de la hora suprema que marcó para el País la cancelación de su pasado infausto y el nacimiento de su nuevo rumbo salvador. Y los que sólo habían tenido fe en la Providencia, empezaron a te-

nerla también en sí mismos merced al genio del cual recibieron el ejemplo. Hoy, sin que el factor divino de la preservación nacional deje de asistirnos, la voluntad humana asume la responsabilidad de su destino histórico, síntesis de todo lo cual es el tema de esta original disertación: "Dios y Trujillo".

Evidentemente, nuestros gobernantes del pasado no estuvieron —ni aún los de mejores intenciones— animados por una viva fe en el País, comenzando porque no la tenían en ellos mismos como propulsores, que mal podían serlo sin palanca de fe. De ese modo, en presencia de acontecimientos que ponían en peligro la existencia nacional, solían decir a menudo: "Esto será lo que Dios quiera". Había, ciertamente, un estado moral en que, a falta de una formal creencia en la intervención humana, habíala, aunque vagamente, en la intervención divina. Mas, Dios puede auxiliar al hombre, pero no hacer por el hombre lo que el hombre ha de hacer por sí mismo, y tal criterio asoma en la vieja sentencia popular "Dios dice al hombre ayúdate, que yo te ayudaré".

Es Trujillo quien revoluciona la vida dominicana que, antes que él, vivía en un clima de abulia y de

quietismo de la voluntad, causa de la política sin ideales en la que la ventaja personal sobreponíase a la del interés común. Es Trujillo el que infunde al criollo desentendido de su papel creador el concepto de su deber y la conciencia de su responsabilidad. Por eso es revolución social y política su obra.

Pero Trujillo, que en su acción constructiva y defensiva a la vez combate al comunismo y a cuanta doctrina tiende a rebajar la dignidad humana como antidemocrática por anticatólica, propugna la causa de Dios como fuerza íntima que impele al hombre hacia toda noble lucha, y hace que la moral católica reconquiste en la escuela dominicana el puesto que tuvo antes de la reforma escolar que declaró laica la enseñanza, y ha propiciado la construcción de templos como norma ajustada a los mismos fines anticomunistas.

Doctor Balaguer: Vuestro ingreso en esta Academia como individuo de número es una adquisición muy valiosa con la cual se siente ella honrada y segura de que en vos tendrá uno de sus más ilustres miembros.

